



SERIE DE ESTUDIOS BÍBLICOS · PARTE CUATRO

SILENCED



Un Estudio Bíblico sobre una Voz Sanada y una Casa Unificada

SILENCED

— **MATEO 12:25** —

Sanando la Voz, Protegiendo la Casa, y Permaneciendo Unidos Contra la División



PARTE UNO

La Unidad Es Resistencia Espiritual

01



Mateo 12 nos presenta a un hombre cuya vida había sido dominada por la esclavitud espiritual. Estaba poseído, ciego e incapaz de hablar. Su visión le había sido arrebatada, su voz había sido silenciada, y no podía liberarse de aquello que había tomado control de su vida.

Entonces Jesús entró en la situación.

«Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo hablaba y veía.»

Mateo 12:22, RVR1960

En un solo instante, Jesús restauró lo que el enemigo había quitado. Los ojos que habían estado cerrados se abrieron. La boca que había estado en silencio comenzó a hablar. El hombre que había sido controlado por la esclavitud experimentó la autoridad liberadora de Jesucristo.

La multitud reconoció de inmediato que algo extraordinario había sucedido. Estaban asombrados y comenzaron a preguntarse si Jesús podría ser el prometido Hijo de David. El milagro los apuntaba hacia la identidad y la autoridad de Cristo.

Pero los fariseos respondieron de manera diferente.

«Mas los fariseos, al oírlo, decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios.»

Mateo 12:24, RVR1960

No podían negar que el hombre había sido sanado. La evidencia estaba de pie frente a ellos. Un hombre que había sido ciego ahora podía ver. Un hombre que no había podido hablar ahora tenía voz. Como los fariseos no podían negar el milagro, intentaron corromper su significado.

Llamaron obra del diablo a la obra de Dios.

Aquí es donde el pasaje se vuelve más profundo que la liberación de un solo hombre. El hombre había estado atado, pero el recinto se había dividido. Una persona había sido silenciada por la opresión, mientras otros usaban sus voces para acusar. El hombre no podía hablar, pero los fariseos sí podían—y sus palabras resistían la misma restauración que Jesús había realizado.

El milagro reveló la autoridad de Cristo. La reacción reveló la condición del corazón.

Jesús Expuso el Peligro Más Profundo

Los fariseos atacaron la fuente del milagro. Cuestionaron la autoridad de Jesús e intentaron hacer que una liberación genuina pareciera sospechosa. Jesús pudo haber respondido defendiendo su reputación. Pudo haber enumerado la evidencia de su ministerio o expuesto la hipocresía de sus acusadores.

En cambio, de inmediato abordó la división.

«Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá.»

Mateo 12:25, RVR1960

Jesús reveló un principio espiritual que se aplica a reinos, ciudades, iglesias, familias, matrimonios, ministerios y corazones individuales: todo lo que pelea continuamente contra sí mismo eventualmente perderá la fuerza para permanecer en pie.

Una casa no siempre colapsa porque algo la atacó desde afuera. A veces colapsa porque se permitió que fuerzas opuestas operaran dentro de ella.

El enemigo entiende este principio. Si no puede destruir una casa mediante un ataque directo, intentará debilitarla mediante la división interna. Si no puede lograr que todos abandonen el propósito de Dios, los animará a pelear por personalidades, preferencias, posiciones, decepciones y ofensas hasta que el propósito compartido sea olvidado.

No tiene que silenciar cada voz si puede lograr que las voces hablen unas contra otras.

No tiene que detener cada oración si puede convertir la oración en crítica disfrazada.

No tiene que quitar cada don si puede hacer que las personas dotadas compitan en lugar de cooperar.

No tiene que destruir cada relación si puede llenarla de sospecha.

No tiene que sacar a todos de la casa si puede corromper el ambiente dentro de la casa.

La división se convierte en una de las armas más efectivas del enemigo porque convence a personas que deberían estar peleando juntas de comenzar a pelear unas contra otras.

La División Es Más que Desacuerdo

La unidad no significa que todos compartirán la misma opinión, personalidad, trasfondo, preferencia o método. Las Escrituras nunca presentan la unidad como la eliminación de la individualidad. El cuerpo de Cristo está compuesto de diferentes miembros con diferentes funciones, y sin embargo cada miembro está destinado a operar bajo la dirección de una sola Cabeza.

El desacuerdo se convierte en división cuando nuestras diferencias comienzan a gobernar nuestro corazón más que nuestra sumisión compartida a Jesús.

La división no es simplemente la presencia de diferentes opiniones. Es el desarrollo de un espíritu adversario. Comienza cuando dejamos de ver a otra persona como alguien a quien amar, proteger, restaurar y por quien orar, y comenzamos a verla principalmente como un oponente a quien derrotar.

En ese punto, el propósito de la conversación cambia. Ya no buscamos entendimiento; estamos recolectando evidencia. Ya no escuchamos el corazón; esperamos otra oportunidad para probar nuestro punto. Ya no protegemos la relación; protegemos nuestro orgullo.

Por eso una persona puede tener razón en los hechos y aun así estar equivocada en el espíritu.

La verdad hablada sin amor puede convertirse en un arma. La corrección ofrecida sin humildad puede convertirse en condenación. El discernimiento separado de la misericordia puede convertirse en sospecha. Una preocupación legítima puede convertirse en el lenguaje mediante el cual se le da permiso a la ofensa para hablar.

La pregunta no es solamente: «¿Es verdad lo que estoy diciendo?»

También debemos preguntar: «¿Qué espíritu está usando mi voz, y qué está tratando de producir mi voz?»

¿Está produciendo arrepentimiento o humillación?

¿Está creando claridad o confusión?

¿Está protegiendo la casa o debilitando su fundamento?

¿Está llevando a las personas hacia Jesús o simplemente construyendo un caso en su contra?

¿La meta es la restauración, o la meta es la victoria sobre otra persona?

Los fariseos hablaban de cosas espirituales, pero sus palabras no estaban alineadas con el corazón de Dios. Poseían vocabulario religioso mientras resistían la restauración divina. Su lenguaje sonaba discernidor, pero su fruto era acusación y división.

El Enemigo Puede Corromper Lo Que No Puede Silenciar

El hombre de Mateo 12 no tenía voz. Los fariseos tenían voces, pero esas voces se habían convertido en instrumentos de acusación.

Esto revela otra dimensión de la estrategia del enemigo. Si no puede silenciar completamente nuestras voces, intentará corromper la manera en que las usamos.

Una voz corrompida todavía puede orar, pero sus oraciones repasan constantemente los fracasos de otras personas.

Todavía puede hablar de santidad, pero sin compasión por quienes necesitan restauración.

Todavía puede defender la verdad, pero con un espíritu que disfruta exponer y humillar a otros.

Todavía puede afirmar tener discernimiento, pero interpreta todo a través de la sospecha.

Todavía puede hablar en el lenguaje de la preocupación, pero su verdadero propósito es reunir acuerdo en contra de otra persona.

El enemigo no siempre necesita eliminar nuestro sonido. A veces solo necesita redirigirlo.

Una voz creada para adorar comienza a quejarse.

Una voz creada para interceder comienza a acusar.

Una voz creada para bendecir comienza a maldecir.

Una voz creada para fortalecer la casa comienza a debilitar la confianza.

Una voz creada para declarar la fidelidad de Dios comienza a magnificar cada razón por la cual el futuro no puede cambiar.

Por eso necesitamos más que la recuperación de nuestras voces. Necesitamos la sanidad de nuestras voces.

Necesitamos que Jesús sane los motivos debajo de nuestras palabras, las heridas debajo de nuestro tono, y las ofensas debajo de nuestra interpretación de los demás. Necesitamos que Él examine no solo lo que decimos públicamente sino lo que repetimos en privado—las conversaciones sostenidas en la mesa, en el automóvil, a través de mensajes, detrás de puertas cerradas, y dentro de nuestra propia mente.

Una voz restaurada puede hacer sonido.

Una voz sanada habla bajo el gobierno del Espíritu Santo.

La División Comienza en el Corazón Antes de Entrar en la Casa

Es fácil reconocer la división en una nación, una iglesia, una familia u otra persona. Es más difícil reconocer el comienzo de la división dentro de nosotros mismos.

Jesús conocía los pensamientos de los fariseos antes de responder a sus palabras. Su acusación comenzó internamente antes de ser expresada públicamente. Algo ya se había dividido dentro de sus corazones. Estaban de pie en presencia de una restauración innegable, y sin embargo no podían regocijarse porque el milagro amenazaba su posición, interpretación y control.

El mismo peligro existe dentro de nosotros.

Podemos hablar de un mundo dividido mientras ignoramos un corazón dividido.

Podemos orar por la unidad en la iglesia mientras preservamos ofensas privadas.

Podemos desear paz en nuestras familias mientras repasamos continuamente todo lo que otra persona ha hecho mal.

Podemos pedirle a Dios que sane una relación mientras secretamente exigimos que Él demuestre que teníamos razón.

Podemos adorar públicamente mientras permitimos que el resentimiento interprete a alguien en privado.

Santiago expone las consecuencias espirituales de esta condición:

«Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa.»

Santiago 3:16, RVR1960

La contienda crea un ambiente en el cual la confusión y las obras destructivas pueden multiplicarse. Una vez que la sospecha se convierte en el lente normal a través del cual interpretamos a otra persona, incluso las acciones sinceras parecen amenazantes. La bondad parece manipuladora. La corrección se siente como rechazo. El silencio se interpreta como hostilidad. El éxito produce celos. La debilidad se convierte en evidencia para la condenación.

Eventualmente, ya no respondemos a lo que la persona realmente dijo o hizo. Respondemos a la historia que la ofensa nos ha enseñado a creer sobre ella.

Así es como la división toma territorio.

Primero divide el corazón. Luego corrompe la percepción. Finalmente, recluta la voz.

La Unidad Comienza con la Entrega Personal

La unidad no comienza cuando todos los demás cambian. Comienza cuando yo me entrego a Jesucristo.

No solo mi voz pública.

No solo la voz que uso en oración o adoración.

Mi voz ofendida.

Mi voz agotada.

Mi voz decepcionada.

Mi voz defensiva.

Mi voz privada.

Mi voz interior—la que repetidamente interpreta motivos, repasa heridas e imagina futuras conversaciones.

Antes de pedirle a Dios que corrija a todos los que nos rodean, debemos permitirle examinar lo que está operando dentro de nosotros. Debemos preguntar si el dolor se ha convertido en permiso para herir, si la decepción se ha convertido en sospecha, y si nuestro deseo de ser comprendidos se ha vuelto más importante que nuestro llamado a comprender.

Pablo escribió:

«Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.»

Efesios 4:3, RVR1960

La palabra «solícitos» revela que la unidad debe ser protegida intencionalmente. La unidad no se preserva a sí misma. Requiere madurez espiritual, humildad, paciencia, perdón, verdad y sumisión continua al Espíritu Santo.

Siempre habrá oportunidades para ofenderse. Siempre habrá personas imperfectas dentro de las familias y las iglesias. Siempre habrá diferencias que requieran sabiduría y conversaciones que requieran valentía.

La resistencia espiritual comienza cuando nos negamos a permitir que esas realidades pongan nuestras voces al servicio de la división.

A veces la guerra es reprender a los poderes de las tinieblas.

A veces la guerra es negarse a repetir una acusación.

A veces la guerra es permanecer en silencio hasta que nuestro espíritu esté en orden.

A veces la guerra es orar por la persona a quien estamos tentados a criticar.

A veces la guerra es corregir a alguien sin rechazarlo.

A veces la guerra es disculparse sin defendernos.

A veces la guerra es negarse a dejar que la ofensa de otra persona se convierta en nuestra ofensa.

A veces la guerra es proteger el ambiente de la casa aun cuando poseemos suficiente información para dañar la reputación de alguien.

La unidad es resistencia espiritual porque cada vez que elegimos la humildad sobre el orgullo, la intercesión sobre la acusación, la restauración sobre la condenación, y el propósito compartido sobre el control personal, le negamos al enemigo otro lugar desde el cual operar.

La Unidad No Requiere el Abandono de la Verdad

La unidad bíblica no es fingir que todo está saludable cuando no lo está. No ignora el pecado, no excusa la manipulación, no tolera el abuso, ni requiere que las personas permanezcan en situaciones inseguras. La unidad no es paz falsa, conformidad forzada, o silencio en presencia de la injusticia.

La misma Biblia que ordena la unidad también ordena la corrección, la rendición de cuentas, la sabiduría y la verdad.

«Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre.»

Gálatas 6:1, RVR1960

Observa el propósito de la corrección espiritual: la restauración.

El versículo no dice que ignoremos la falta. No minimiza el pecado ni elimina la responsabilidad. Pero ordena a quienes abordan la falta que lo hagan con espíritu de mansedumbre. La condición de la persona que ofrece la corrección importa tanto como la corrección misma.

El espíritu de acusación señala una herida y dice: «Siempre serás así.»

El Espíritu de restauración revela la herida y dice: «Jesús desea hacerte íntegro.»

La acusación usa el pasado para encarcelar la identidad.

La restauración confronta el pasado mientras abre un camino hacia el arrepentimiento y la transformación.

La acusación expone para avergonzar.

La restauración trae la verdad a la luz para que la sanidad pueda comenzar.

La acusación busca una audiencia.

La restauración busca la redención.

Podemos confrontar lo que está mal sin convertirnos en acusadores de los demás. Podemos establecer límites sin permitir que la amargura nos gobierne. Podemos proteger a las personas vulnerables sin entregar nuestro corazón al odio. Podemos decir la verdad y aun así preservar el deseo de que Dios redima a todos los involucrados.

La unidad no requiere que llamemos luz a la oscuridad. Requiere que confrontemos la oscuridad sin permitir que la oscuridad se reproduzca dentro de nosotros.

Nuestras Voces Ayudarán a la Casa a Permanecer en Pie o Se Volverán Parte de Su Desolación

Jesús dijo que una casa dividida no puede permanecer en pie. Esto significa que nuestras palabras nunca son espiritualmente insignificantes. Cada acusación repetida, cada ofensa sin resolver, cada conversación que daña la confianza, y cada sospecha que esparcimos coloca presión adicional sobre la casa.

Lo opuesto también es cierto.

Cada oración sincera fortalece la casa.

Cada conversación veraz realizada en amor fortalece la casa.

Cada disculpa fortalece la casa.

Cada acto de perdón fortalece la casa.

Cada rechazo a participar en el chisme fortalece la casa.

Cada vez que hablamos esperanza sobre la historia inconclusa de alguien, fortalecemos la casa.

Cada vez que elegimos el propósito sobre la posición, fortalecemos la casa.

Cada vez que protegemos la dignidad de otra persona mientras la ayudamos a confrontar lo que está mal, fortalecemos la casa.

La pregunta no es si nuestras voces tienen influencia. La pregunta es qué tipo de influencia están llevando.

Debemos decidir que nuestras bocas no se convertirán en herramientas de acusación. No permitiremos que nuestras palabras se conviertan en combustible para la división. No permitiremos que nuestro tono destruya lo que Jesús está intentando sanar. No hablaremos muerte sobre una casa que Dios desea liberar.

No maldeciremos lo que se nos ha llamado a proteger.

Esto no significa que nunca tendremos conversaciones difíciles. Significa que nuestras conversaciones difíciles permanecerán sometidas al propósito de Cristo. Hablaremos verdad, pero la hablaremos con la esperanza de la restauración. Confrontaremos el pecado, pero recordaremos que la persona frente a nosotros es alguien por quien Jesús murió.

El enemigo desea dividir la casa para que no pueda permanecer en pie.

Jesús desea sanar las voces dentro de la casa para que puedan estar de acuerdo con su propósito redentor.

Por eso la unidad es más que armonía relacional. Es resistencia espiritual.

Cuando rechazamos la acusación, el enemigo pierde una voz.

Cuando liberamos la ofensa, el enemigo pierde territorio.

Cuando oramos unos por otros, el aislamiento pierde su poder.

Cuando elegimos la restauración, la división pierde su autoridad.

Cuando nuestras voces diferentes se someten a un solo propósito santo, la casa se vuelve más fuerte que la estrategia enviada contra ella.

La unidad no es la ausencia de problemas. Es la decisión espiritual de que nuestros problemas no nos convertirán en enemigos. Confrontaremos lo que está mal, protegeremos lo que es sagrado, y permaneceremos sometidos al propósito restaurador de Jesucristo.

REFLEXIÓN PERSONAL Y ESPIRITUAL

- ¿He estado más comprometido con ganar un argumento que con proteger la salud espiritual de la relación?
- ¿Hay alguien cuyas acciones ahora interpreto casi por completo a través de la sospecha o la ofensa?
- ¿He llamado «discernimiento» a algo que en realidad puede ser decepción vestida de lenguaje religioso?
- Cuando hablo de la debilidad de otra persona, ¿mi meta es la restauración, la advertencia, la autoprotección, la vindicación o la humillación?
- ¿Qué ha estado diciendo mi voz privada que mi adoración pública intenta ocultar?
- Mis palabras han estado fortaleciendo el ambiente de mi hogar o haciendo la casa más difícil de habitar?
- ¿Hay una acusación que necesito dejar de repetir?
- ¿Hay una verdad difícil que necesito hablar con mayor humildad, sabiduría y amor?
- ¿Qué preferencia personal, herida o deseo de control se ha vuelto más importante que nuestro propósito compartido?
- ¿Qué significaría para mí practicar la unidad como resistencia espiritual esta semana?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

DECLARACIÓN

No permitiré que mi boca se convierta en un instrumento de acusación.

No dejaré que la ofensa hable por mí.

No usaré la verdad como permiso para herir.

No repetiré palabras que fortalezcan la división.

Oraré antes de criticar, escucharé antes de juzgar, y examinaré mi propio espíritu antes de corregir a otra persona.

Hablaré la verdad con amor, confrontaré lo que está mal con humildad, y buscaré la restauración dondequiera que la restauración sea posible.

No maldeciré lo que Dios me ha llamado a proteger.

Mi voz ayudará a la casa a permanecer en pie.

En el nombre de Jesús, amén.

PARTE DOS

No Solo Necesito Que Mi Voz Regrese—Necesito Que Mi Voz Sea Sanada

02

El milagro registrado en Mateo 12 restauró la capacidad del hombre para hablar. La boca que había estado en silencio se abrió, y la voz que la esclavitud le había quitado regresó. Sin embargo, dentro del mismo pasaje, encontramos a otro grupo de personas que nunca habían perdido su capacidad física de hablar. Los fariseos poseían voces fuertes. Eran educados, respetados, religiosamente influyentes, y estaban acostumbrados a hablar con autoridad. Conocían el lenguaje de las Escrituras y se consideraban calificados para interpretar eventos espirituales. Sin embargo, cuando Jesús liberó a un hombre que sufría, usaron sus voces para acusar.

«Mas los fariseos, al oírlo, decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios.»

Mateo 12:24, RVR1960

Los fariseos no podían negar que algo sobrenatural había ocurrido. Un hombre que había sido ciego ahora podía ver, y un hombre que no había podido hablar ahora tenía voz. La evidencia de la transformación estaba de pie frente a ellos. Como no podían negar el milagro, intentaron corromper su significado. Atribuyeron la obra de Dios al poder del diablo y usaron lenguaje religioso para hacer que una liberación genuina pareciera sospechosa.

Esto revela una verdad sobria: poseer una voz no significa que nuestra voz esté saludable. Podemos hablar con claridad y aun así hablar de manera destructiva. Podemos usar vocabulario bíblico mientras cargamos un espíritu antibíblico. Podemos decir algo objetivamente correcto mientras permitimos que la ofensa, los celos, el temor, el orgullo, la decepción o la inseguridad determinen por qué y cómo lo decimos.

El hombre necesitaba que su voz fuera restaurada, pero los fariseos necesitaban que sus voces fueran sanadas.

Existe una diferencia importante entre recuperar nuestra capacidad de hablar y entregar nuestro hablar al señorío de Jesucristo. Una voz restaurada puede volver a hacer sonido, pero una voz sanada habla en acuerdo con el carácter y el propósito de Dios. No solo necesitamos voces más fuertes, mayor confianza, o más oportunidades para expresar nuestras opiniones. Necesitamos voces santificadas—voces cuyos motivos, tiempo, tono y propósito hayan sido llevados bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Por eso la afirmación del predicador tiene tanto peso: «No solo necesito que mi voz regrese. Necesito que mi voz sea sanada.»

Nuestras Voces Están Reuniendo o Están Esparciendo

Inmediatamente después de enseñar que una casa dividida no puede permanecer en pie, Jesús hizo otra declaración poderosa:

«El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.»

Mateo 12:30, RVR1960

Jesús revela dos movimientos espirituales opuestos: reunir y esparcir. El ministerio de Jesús reúne lo que el pecado, la vergüenza, la esclavitud y la decepción han esparcido. Él reconcilia a las personas con Dios, restaura a los que han sido quebrantados, llama a los hijos pródigos de regreso a casa, y trae de vuelta a la comunidad espiritual a personas aisladas. Toma vidas que han sido fragmentadas y comienza a hacerlas íntegras.

El enemigo se mueve en dirección opuesta. Su obra esparce. Separa a las personas de Dios, aísla a los creyentes heridos, divide relaciones, convierte las diferencias en hostilidad, y usa experiencias dolorosas para crear sospecha. Él entiende que el aislamiento hace vulnerables a las personas. Cuando alguien se desconecta de la verdad, la oración, la autoridad espiritual y las relaciones saludables, el engaño se vuelve más fácil de sostener.

Nuestras voces participan en uno de estos dos movimientos. A través de lo que decimos, la manera en que lo decimos, y las personas a quienes se lo decimos, estamos ayudando a reunir lo que Jesús desea restaurar o ayudando a esparcir lo que Él desea unir.

Esto no significa que cada palabra fuerte sea destructiva. Jesús corrigió, reprendió, advirtió y confrontó. Las Escrituras nunca enseñan que el amor requiera la ausencia de conversaciones difíciles. Hay momentos en que la verdad debe hablarse con claridad, el pecado debe confrontarse, el comportamiento dañino debe exponerse, y las personas vulnerables deben protegerse. Sin embargo, incluso las palabras más fuertes de Jesús estaban gobernadas por la verdad divina y el propósito redentor. Él nunca confrontó a alguien porque su orgullo hubiera sido herido. Nunca expuso el pecado para entretener a una audiencia, reunir seguidores, o demostrar su superioridad.

Por lo tanto, la pregunta más profunda no es simplemente si nuestras palabras suenan suaves o fuertes. Debemos preguntar si están reuniendo o esparciendo. ¿Nuestras palabras están llevando a alguien hacia el arrepentimiento, o lo están empujando más profundamente hacia la vergüenza? ¿Están creando claridad o aumentando la confusión? ¿Están protegiendo a las personas o simplemente defendiendo nuestra posición? ¿Están fortaleciendo la confianza o enseñando a otros a volverse sospechosos? ¿Están ayudando a una persona herida a salir a la luz, o están haciendo que la honestidad se sienta peligrosa?

Nuestras palabras pueden sonar espirituales, pero su fruto revela el espíritu que las gobierna.

El Acusador y el Intercesor

Las Escrituras revelan dos ministerios espirituales opuestos. Satanás es identificado como el acusador de los hermanos, mientras que Jesús es revelado como Aquel que continuamente intercede por nosotros.

«Porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.»

Apocalipsis 12:10, RVR1960

«Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.»

Romanos 8:34, RVR1960

El acusador continuamente habla en contra de las personas. El Intercesor está de pie ante Dios a favor de las personas. El acusador identifica el fracaso para condenar, mientras que el Intercesor confronta el pecado mientras provee un camino hacia la misericordia, el arrepentimiento y la transformación. El acusador recuerda a las personas sus peores momentos e intenta hacer que esos momentos sean su identidad permanente. Jesús señala su sangre y declara que la redención puede escribir una nueva historia.

Esto crea una pregunta seria para cada creyente: ¿A cuál ministerio se parece mi voz?

Cuando alguien cae, ¿mi primer deseo es contárselo a otros, o es orar? Cuando reconozco debilidad, ¿construyo un caso en contra de la persona, o cargo una carga por su restauración? Cuando alguien me hiere, ¿le pido a Dios que sane lo que ha sido dañado, o busco personas que confirmen todo lo que ya he decidido creer sobre ella? Cuando otro creyente tiene éxito, ¿soy capaz de regocijarme, o inmediatamente sospecho de sus motivos? Cuando Dios se mueve de una manera que me es desconocida, ¿lo examino con humildad conforme a las Escrituras, o critico lo que no entiendo?

Nuestras voces harán eco del acusador o se alinearán con el Intercesor.

La intercesión no significa fingir que el pecado es inofensivo. Jesús no intercede por nosotros negando la seriedad de nuestra condición. Él intercede sobre la base de su sacrificio, y la cruz demuestra tanto la gravedad del pecado como la abundancia de la misericordia divina. Una voz sanada aprende a sostener juntas estas verdades. Puede reconocer lo que está mal sin declarar que lo que está mal está más allá de la redención. Puede reconocer la profundidad de una herida mientras sigue creyendo en el poder de Jesús para sanar.

El espíritu de acusación, sin embargo, no solo quiere que se corrija el comportamiento pecaminoso. Quiere que la persona sea identificada permanentemente por ese comportamiento. Incluso después del arrepentimiento, la acusación continúa repasando el pasado. Incluso después del perdón, continúa presentando evidencia antigua. Incluso después de que Dios comienza a restaurar a alguien, la acusación insiste en que esa persona nunca debería ser vista como algo más que lo que hizo una vez.

El acusador construye un caso; el intercesor carga una carga. El acusador anuncia repetidamente lo que la persona ha hecho; el intercesor pregunta qué es lo que Jesús todavía desea hacer. El acusador habla como si el fracaso tuviera la última palabra; el intercesor recuerda que Cristo todavía está escribiendo la historia.

Cuando la Acusación Se Disfraza de Discernimiento

Los fariseos no se presentaron como personas malintencionadas que intentaban dividir a la multitud. Presentaron su acusación como análisis espiritual. Afirmaron entender el poder que operaba detrás del milagro. Para quienes los escuchaban, sus palabras pudieron haber sonado cautelosas, discernidoras y doctrinalmente preocupadas. Sin embargo, su conclusión provenía de corazones que ya se habían vuelto resistentes a Jesús.

Este es uno de los mayores peligros de la acusación religiosa: rara vez se presenta a sí misma como acusación. A menudo se disfraza de discernimiento, preocupación, protección, honestidad o defensa de la verdad.

Podemos decir: «Solo te digo esto para que puedas orar», cuando no tenemos ninguna intención de orar. Podemos decir: «Alguien necesita decir la verdad», cuando lo que realmente deseamos es una oportunidad para liberar nuestra frustración. Podemos afirmar estar preocupados por alguien mientras compartimos su debilidad con personas que no tienen ninguna capacidad ni responsabilidad para ayudar. Podemos llamar discernimiento a nuestras sospechas porque el lenguaje espiritual hace que nuestras suposiciones parezcan justas.

Algunas preocupaciones son legítimas. Algunas advertencias son necesarias. Alguna información debe compartirse con personas responsables, especialmente cuando alguien está siendo dañado o puesto en peligro. La sabiduría bíblica nunca nos exige ocultar el abuso, proteger el comportamiento destructivo, o guardar silencio cuando la intervención es necesaria. Sin embargo, la legitimidad de una preocupación no purifica automáticamente el motivo de la persona que la expresa.

Antes de hablar, debemos permitir que el Espíritu Santo examine nuestro corazón. ¿Hemos verificado lo que estamos repitiendo? ¿Hemos hablado directamente con la persona cuando hacerlo sería sabio y seguro? ¿Estamos compartiendo el asunto con alguien que puede ayudar responsablemente, o con alguien que simplemente fortalecerá nuestra ofensa? ¿El oyente realmente necesita la información? ¿Estamos afligidos por la condición de la persona, o estamos secretamente satisfechos de que su debilidad haya sido expuesta? ¿Nos regocijaríamos genuinamente si la persona se arrepintiera, cambiara, y fuera completamente restaurada?

Esa última pregunta a menudo revela la verdadera condición del corazón. El espíritu de restauración anhela ver el arrepentimiento y la sanidad. El espíritu de acusación puede afirmar desear rendición de cuentas, pero a menudo permanece insatisfecho incluso después de que ocurre un cambio genuino. No quiere que la persona simplemente sea corregida; quiere que la persona quede marcada permanentemente.

El discernimiento y la sospecha no son lo mismo. El discernimiento reconoce lo que puede estar operando para que podamos responder conforme a las Escrituras y al Espíritu Santo. La sospecha asume lo peor y luego busca evidencia para respaldar su conclusión. El discernimiento permanece humilde porque reconoce que nuestro entendimiento puede ser incompleto. La sospecha se vuelve confiada mientras posee solo fragmentos de la historia. El discernimiento produce oración, sabiduría, límites y acción responsable. La sospecha produce temor, chisme, distancia y división.

Una voz sanada debe aprender la diferencia.

Podemos Tener Razón en los Hechos y Estar Equivocados en Nuestro Espíritu

Una de las verdades más difíciles de aceptar es que podemos tener razón en el contenido mientras estamos equivocados en el espíritu. A menudo evaluamos nuestro hablar solo preguntando si la información fue precisa. Si lo que dijimos era verdad, suponemos que nuestro motivo, audiencia, tiempo, tono y manera de hablar no importan.

Pero las Escrituras no separan la verdad del espíritu en el cual se comunica.

«Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo.»

Efesios 4:15, RVR1960

La verdad y el amor no son valores en competencia. El amor bíblico no oculta la verdad, y la verdad bíblica no abandona el amor. La verdad revela lo que debe cambiar, mientras que el amor gobierna por qué y cómo se aborda. Sin verdad, el amor puede convertirse en sentimentalismo superficial. Sin amor, la verdad puede convertirse en brutalidad.

Jesús encarna tanto la gracia como la verdad. Por lo tanto, una voz entregada a Jesús debe rechazar la falsa elección entre la honestidad y la compasión. Podemos ser claros sin volvernos crueles. Podemos ser valientes sin volvernos arrogantes. Podemos corregir a alguien sin humillarlo. Podemos establecer límites necesarios sin maldecir a la persona de quien se requiere el límite.

Podemos tener razón en que alguien falló, pero estar equivocados al convertir ese fracaso en el tema de conversaciones innecesarias. Podemos tener razón en que una decisión fue imprudente, pero estar equivocados al hablar como si la persona fuera incapaz de crecer. Podemos tener razón en que la confianza ha sido dañada, pero estar equivocados al usar ese daño como permiso para castigar a la persona continuamente. Podemos tener razón acerca de lo que sucedió, y sin embargo estar completamente equivocados acerca de la imposibilidad de la redención.

Una voz sanada no solo pregunta: «¿Tengo el derecho de decir esto?» También pregunta: «¿Por qué quiero decirlo? ¿Quién necesita escucharlo? ¿Es este el momento correcto? ¿Qué deseo que estas palabras logren? ¿Hablar de esta manera reflejará el corazón de Jesús?»

La verdad no requiere la ayuda de un espíritu equivocado.

La Corrección Debe Permanecer Conectada a la Restauración

Pablo nos da un cuadro claro de cómo deben responder los creyentes espiritualmente maduros cuando alguien ha caído:

«Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.»

Gálatas 6:1, RVR1960

La madurez espiritual no se demuestra simplemente reconociendo la falta de otra persona. Los fariseos eran hábiles identificando faltas. La madurez espiritual se revela a través de la capacidad de buscar la restauración con mansedumbre mientras se permanece consciente de nuestra propia dependencia de la misericordia.

La palabra «restaurar» describe reparar lo que ha sido dañado y devolver algo a su condición apropiada. La restauración no es pasiva, sentimental o permisiva. Puede requerir confrontación, confesión, arrepentimiento, rendición de cuentas, consecuencias, paciencia y tiempo. Sin embargo, cada parte de ese proceso permanece gobernada por el propósito redentor.

Pablo también dice que debemos considerarnos a nosotros mismos. Recordamos que nosotros también somos capaces de fracaso y tentación. Recordamos la paciencia que Cristo nos ha extendido. Recordamos que cualquier fortaleza espiritual que poseamos es producto de la gracia y no prueba de nuestra superioridad.

La humildad no debilita la corrección; la purifica.

Un padre puede necesitar corregir a un hijo, pero ese hijo debe entender que la corrección está conectada al amor, la identidad y el propósito. Un líder puede necesitar confrontar un comportamiento destructivo, pero la confrontación no debe convertirse en una oportunidad para proteger el orgullo personal o exhibir poder. Una iglesia puede necesitar ejercer disciplina, pero la disciplina bíblica debe permanecer conectada a la santidad, la protección, el arrepentimiento y la posibilidad de la restauración. Un cónyuge puede necesitar abordar una herida profunda, pero la meta no puede ser simplemente hacer que la otra persona experimente una cantidad igual de dolor.

Podemos corregir y permanecer conectados. La conexión no siempre requiere cercanía inmediata o acceso restaurado. En situaciones serias, la sabiduría puede requerir distancia, asistencia profesional, consejo espiritual, rendición de cuentas o límites firmes. El perdón no elimina las consecuencias, y la restauración de una relación no siempre es idéntica a la restauración de la confianza. La confianza puede tener que reconstruirse a través de la verdad constante y el comportamiento cambiado.

Sin embargo, incluso cuando el acceso cambia, nuestro corazón puede permanecer libre del odio, la venganza y el deseo de destruir. Una voz sanada entiende que la rendición de cuentas y la restauración

no son enemigas.

Nuestro Tono Revela Lo Que Ha Estado Gobernando Nuestro Corazón

Jesús dijo:

«Porque de la abundancia del corazón habla la boca.»

Mateo 12:34, RVR1960

Nuestras palabras no comienzan en nuestra boca. Comienzan en nuestro corazón. El tono a menudo es la expresión audible de una condición interna que aún no ha sido entregada a Dios. La crítica repetida puede revelar una decepción que nunca ha sido sanada. La dureza puede revelar temor. La defensividad constante puede revelar inseguridad. El sarcasmo puede ocultar resentimiento. El silencio puede convertirse en un método de castigo. La exposición excesiva puede revelar un deseo de vindicación.

Por eso cambiar nuestro vocabulario no es suficiente. Podemos aprender un lenguaje más espiritual mientras preservamos el mismo corazón herido debajo de él. Podemos reemplazar la crítica evidente con insinuación cuidadosamente redactada. Podemos hablar suavemente mientras todavía intentamos manipular. Podemos hacer preguntas diseñadas no para descubrir la verdad sino para sembrar sospecha. Podemos decir que estamos orando por alguien mientras silenciosamente dañamos la manera en que otros lo perciben.

Jesús no solo quiere editar nuestras oraciones. Quiere sanar la fuente de la cual fluyen.

Antes de que nuestras voces puedan convertirse en instrumentos de restauración, nuestro corazón debe ser llevado a la presencia de Dios. La ofensa debe entregarse. El orgullo debe confesarse. El temor debe confrontarse. La decepción debe lamentarse honestamente. La necesidad de controlar cómo nos perciben los demás debe colocarse a los pies de Jesús.

Algunas de nuestras voces permanecen enfermas porque las heridas debajo de ellas permanecen sin tratar. Cuando el dolor no es sanado, eventualmente buscará un lenguaje a través del cual expresarse. Comenzamos a sangrar a través de nuestras palabras y a llamarlo honestidad. Reaccionamos antes de escuchar, acusamos antes de entender, y golpeamos antes de orar.

Dios desea sanar el lugar dentro de nosotros que sigue produciendo esas palabras. Él no solo quiere silenciar la oración dañina; quiere remover la amargura, la inseguridad, el temor o la ofensa que sigue creándola.

Una Voz Sanada Sabe Cuándo Hablar y Cuándo Permanecer en Silencio

Sanar nuestras voces no significa que debamos hablar constantemente. A veces la evidencia más clara de que Dios está gobernando nuestra boca es nuestra negativa a decir lo que nuestras emociones están exigiendo liberar.

«Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse.»

Santiago 1:19, RVR1960

El silencio puede ser esclavitud, pero el silencio también puede ser sabiduría. El silencio producido por el temor impide que se hable la verdad necesaria. El silencio producido por la sabiduría le da tiempo al Espíritu Santo para gobernar nuestra respuesta. El silencio de la evasión permite que el pecado y el daño continúen. El silencio del dominio propio se niega a hablar mientras la ira distorsiona nuestro juicio.

Una voz sanada aprende a reconocer la diferencia.

Hay momentos en que el amor requiere que hablemos y momentos en que el amor requiere que escuchemos. Hay momentos en que la valentía exige confrontación y momentos en que la madurez exige moderación. Algunas conversaciones deben suceder directamente, en privado y con oración. Otras situaciones requieren liderazgo espiritual de confianza, asistencia profesional, o autoridades responsables. También hay asuntos que no necesitan ninguna otra audiencia.

No todo pensamiento merece ser expresado. No toda frustración merece ser repetida. No toda información nos pertenece para compartir. No toda acusación merece nuestro acuerdo.

Cuando entregamos nuestras voces a Jesús, también entregamos el momento, la audiencia, el tono y el propósito de nuestras palabras.

La Acusación Debe Convertirse en Intercesión

Imagina cómo cambiaría el ambiente de nuestros hogares e iglesias si cada tentación de acusar se convirtiera en una invitación a interceder.

En lugar de declarar que alguien nunca cambiará, le pediríamos a Jesús que continuara su obra en esa persona. En lugar de construir una audiencia alrededor de nuestra frustración, buscaríamos personas sabias capaces de ayudarnos a perseguir la verdad y la restauración. En lugar de usar la debilidad presente de alguien como evidencia en contra de su futuro, llevaríamos esa debilidad ante el trono de la gracia.

La intercesión no nos hace pasivos. Coloca nuestra respuesta bajo la autoridad de Dios antes de que actuemos. Después de orar, el Señor todavía puede dirigirnos a confrontar, establecer un límite, buscar consejo, revelar daño oculto, o exigir rendición de cuentas. La oración no impide la acción responsable. Purifica el corazón del cual debe provenir la acción responsable.

Cuando oramos por alguien, recordamos que la persona no está más allá del alcance de Dios. Reconocemos que no sabemos todo lo que ocurre dentro de ella. Reconocemos que solo el Espíritu Santo puede producir convicción genuina y transformación duradera. Dejamos de tratar a la persona como un enemigo a quien derrotar y comenzamos a reconocer la batalla espiritual que rodea la situación.

El acusador pregunta: «¿Cómo puedo probar lo que han hecho?»

El intercesor pregunta: «Jesús, ¿qué deseas hacer ahora?»

Este cambio no minimiza la ofensa. Coloca la ofensa bajo la autoridad de un propósito mayor.

No Maldeciré Lo Que Estoy Llamado a Proteger

El sermón nos da una declaración que debe volverse personal: «No maldeciré lo que estoy llamado a proteger.»

Nuestras familias necesitan protección de algo más que peligros externos. También necesitan protección de palabras que continuamente debilitan la identidad, la esperanza, la confianza y la confianza espiritual. Los padres pueden corregir el comportamiento de un hijo sin hablar muerte sobre su identidad. Los cónyuges pueden abordar asuntos dolorosos sin declarar continuamente que el matrimonio no tiene futuro. Los líderes pueden confrontar el fracaso sin reducir a una persona a ese fracaso. Los creyentes pueden exponer las obras de las tinieblas sin tratar a las personas heridas como si ellas mismas fueran la oscuridad.

Proteger algo no significa fingir que es perfecto. Significa negarse a usar su imperfección como permiso para destruirlo.

Una voz sanada puede reconocer que un comportamiento está mal mientras declara que no tiene que convertirse en identidad permanente. Puede reconocer que una herida es seria mientras insiste en que la herida debe ser traída a la luz y tratada con sabiduría. Puede admitir que la confianza ha sido quebrantada mientras se niega a dejar que la amargura gobierne el corazón. Puede reconocer el dolor de la temporada presente sin darle al dolor la autoridad de profetizar sobre el futuro.

Una voz sanada no niega la realidad. Se niega a interpretar la realidad sin redención.

Pablo nos da el estándar para el habla que ha sido entregada a Dios:

«Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.»

Efesios 4:29, RVR1960

Edificar significa construir. Nuestras palabras deben darle al oyente algo con qué construir una vida de fe, arrepentimiento, madurez y obediencia. Esto no significa que cada palabra se sentirá cómoda. La gracia puede corregir, advertir, confrontar, y exponer lo que debe ser traído a la luz. Sin embargo, la gracia siempre lleva consigo la posibilidad de la redención.

El enemigo quiere que nuestras voces se conviertan en armas unas contra otras. Jesús quiere que nuestras voces se conviertan en instrumentos a través de los cuales la verdad, la convicción, la sanidad, la fe y la restauración entren en la casa.

La sanidad de nuestras voces comienza cuando le llevamos a Jesús las palabras habladas con ira, las acusaciones repetidas en privado, las conversaciones motivadas por el orgullo, el silencio usado para castigar, la verdad que tuvimos miedo de hablar, la decepción que afiló nuestro tono, y las heridas que han estado interpretando a todos los que nos rodean.

Luego le pedimos que limpie tanto nuestra boca como la fuente de la cual han fluido nuestras palabras.

No solo necesitamos que nuestras voces regresen.

Necesitamos que nuestras voces sean sanadas.

La evidencia de una voz sanada no es simplemente que hable con confianza. Es que la verdad y el amor han llegado a un acuerdo, la acusación ha dado paso a la intercesión, y nuestras palabras han sido entregadas al propósito restaurador de Jesucristo.

REFLEXIÓN PERSONAL Y ESPIRITUAL

- Cuando reconozco debilidad en otra persona, ¿mi primera respuesta es la acusación, la intercesión, la confrontación o la restauración?
- ¿Alguna vez he usado lenguaje espiritual para disfrazar ofensa, celos, sospecha, o un deseo de exponer a alguien?
- ¿Hay una persona cuyo fracaso he permitido que se convierta en su identidad permanente en mi mente?
- ¿Comparto preocupaciones solo con personas que pueden ayudar responsablemente, o reúno una audiencia para mi frustración?
- ¿Qué revela el fruto de mi hablar sobre la condición de mi corazón?
- ¿He hablado la verdad sin amor o he afirmado tener amor mientras evitaba la verdad necesaria?
- ¿Hay una herida sin tratar debajo de mi tono que Jesús desea sanar?
- ¿Qué palabras habladas sobre mi cónyuge, hijos, iglesia o futuro requieren arrepentimiento?
- ¿Qué acusación debo dejar de repetir y comenzar a transformar en intercesión?
- ¿Qué diría una voz sanada acerca de la situación que enfrento actualmente?

DECLARACIÓN

Jesús, te entrego mi voz. Sana las heridas debajo de mis palabras, el orgullo debajo de mi corrección, el temor debajo de mi silencio, y la ofensa debajo de mi tono. Examina los motivos que nadie más puede ver, y limpia cada lugar dentro de mí que ha permitido que la acusación, la sospecha, la amargura, o el deseo de vindicación hablen.

No permitiré que mi boca haga eco del acusador. Oraré antes de criticar, buscaré entendimiento antes de llegar a conclusiones, y examinaré mi propio corazón antes de corregir a otra persona. Enséñame a hablar la verdad con amor, a confrontar lo que está mal con humildad, y a establecer límites necesarios sin hablar muerte sobre el futuro de otra persona.

No usaré el fracaso de alguien para destruir su identidad. No reuniré una audiencia para el dolor privado. No maldeciré lo que Tú me has llamado a proteger. Que mis palabras reúnan en lugar de esparcir, fortalezcan en lugar de debilitar, sanen en lugar de herir, y restauren en lugar de condenar.

Dame más que una voz restaurada. Dame una voz sanada que refleje tu corazón, sirva a tu propósito, y ministre gracia a quienes la escuchan.

En el nombre de Jesús, amén.

PARTE TRES

Cuando Muchas Voces Se Convierten en Un Solo Sonido

03

Después de exponer el peligro de una casa dividida, el sermón se traslada a una escena extraordinaria del Antiguo Testamento. El templo había sido construido, los muebles sagrados habían sido colocados en su interior, el arca del pacto había sido llevada al lugar santísimo, y los sacerdotes y músicos se habían reunido para adorar. Todo parecía estar listo, pero las Escrituras dirigen nuestra atención a un momento en particular que precedió a la manifestación de la gloria de Dios.

«Y cuando los trompeteros y cantores hacían oír al unísono un mismo son, para alabar y dar gracias a Jehová, y cuando alzaban la voz con trompetas, címbalos y otros instrumentos de música, y alababan a Jehová diciendo: Porque él es bueno, porque su misericordia es para siempre; entonces la casa, la casa de Jehová, se llenó de una nube. Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios.»

2 Crónicas 5:13–14, RVR1960

El templo estaba lleno de personas diferentes, instrumentos diferentes, responsabilidades diferentes, y sonidos diferentes. Los trompeteros no sonaban como los cantores. Los címbalos no sonaban como las trompetas. Los sacerdotes no realizaban la misma función que los músicos. Cada persona llevaba una asignación distinta, y cada instrumento aportaba algo que los demás no podían reproducir.

Sin embargo, las Escrituras dicen que estaban «como uno, para hacer un mismo sonido».

Su unidad no eliminó sus diferencias. Trajo sus diferencias bajo un mismo propósito. No se hicieron uno porque todos produjeran el mismo tono. Se hicieron uno porque cada tono estaba dirigido hacia el mismo Dios, proclamando la misma verdad y sirviendo el mismo propósito.

Este es el poder de la unidad espiritual. No borra la identidad; santifica la identidad al colocar cada don, preferencia, personalidad y habilidad bajo el señorío de Jesucristo. La unidad no requiere que todos desaparezcan. Requiere que todo dentro de nosotros se alinee con algo más grande que nosotros mismos.

Un Mismo Sonido No Significa Una Sola Voz

La frase «un mismo sonido» puede malinterpretarse si imaginamos que la unidad bíblica requiere que todos se vean, piensen, hablen y funcionen exactamente igual. Pero la escena en 2 Crónicas presenta el cuadro opuesto. El sonido era uno precisamente porque muchas voces e instrumentos diferentes estaban contribuyendo a él.

Si cada persona hubiera tocado la trompeta, algo habría faltado. Si todos hubieran cantado la misma parte musical, se habría perdido la plenitud de la armonía. La belleza del momento provino de la distinción sometida al acuerdo.

Pablo usa el cuerpo humano para explicar esta misma verdad acerca de la iglesia:

«Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu. Y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.»

1 Corintios 12:4–6, RVR1960

Hay diversidad de dones, diferencias de ministerio, y variedad de actividad, y sin embargo el mismo Espíritu, el mismo Señor, y el mismo Dios obran a través de todos ellos. La unidad bíblica no es uniformidad. Es diversidad gobernada por el mismo Espíritu y dirigida hacia el mismo Señor.

Esto significa que otra persona no tiene que volverse como nosotros para estar unida a nosotros. Su personalidad puede ser diferente. Su expresión de adoración puede ser diferente. Su trasfondo cultural, experiencia de vida, edad y don espiritual pueden ser diferentes. Puede reconocer necesidades que nosotros pasamos por alto y llevar cargas que nosotros no entendemos naturalmente. Esas diferencias no tienen que amenazar la unidad. Cuando se entregan a Cristo, pueden revelar dimensiones de la sabiduría y la gracia de Dios que ninguna persona sola podría mostrar.

La división comienza cuando interpretamos la diferencia como competencia. Comenzamos a creer que el don de otra persona disminuye el nuestro, que su oportunidad nos ha quitado algo, o que su reconocimiento nos hace menos significativos. En lugar de celebrar cómo su contribución fortalece a todo el cuerpo, comparamos su lugar con el nuestro.

Una trompeta no necesita convertirse en címbalo para pertenecer a la orquesta. El cantor no necesita silenciar al músico para demostrar que su voz importa. Cada uno simplemente debe someter su sonido al propósito de la canción.

El problema no es que la casa contenga sonidos diferentes. El problema comienza cuando cada sonido exige convertirse en el centro.

La Unidad Requiere Alineación, No Uniformidad

La uniformidad se crea mediante la presión externa. Exige que todos se conformen a la misma expresión, preferencia o personalidad. La unidad se crea mediante la entrega interna. Ocurre cuando personas diferentes se alinean voluntariamente con un propósito espiritual compartido.

La uniformidad dice: «Debes volverte como yo.»

La unidad dice: «Ambos debemos volvernos más como Cristo.»

La uniformidad intenta controlar a las personas desde afuera. La unidad permite que el Espíritu Santo gobierne a las personas desde adentro. La uniformidad se siente amenazada por las preguntas y las diferencias. La unidad es lo suficientemente fuerte para sostener conversaciones honestas porque su fundamento es más profundo que la preferencia personal.

Esta distinción es esencial porque las iglesias, las familias y los ministerios pueden parecer unidos mientras simplemente practican la conformidad. Las personas pueden permanecer en silencio porque tienen miedo de discrepar. Pueden cooperar exteriormente mientras cargan resentimiento en privado. Pueden seguir la misma rutina sin compartir el mismo corazón.

Esa no es la unidad revelada en 2 Crónicas. Los que se reunieron no simplemente estaban de pie en el mismo edificio o participando en el mismo horario. Las Escrituras dicen que se hicieron uno al alabar y dar gracias al Señor. Su acuerdo tenía contenido espiritual. Sus corazones y voces estaban alineados alrededor de la bondad y la misericordia perdurable de Dios.

La unidad del Espíritu no proviene de evitar cada diferencia. Proviene de colocar cada diferencia bajo una revelación más grande de quién es Dios y qué nos ha llamado a lograr juntos.

Pablo describió este tipo de unidad cuando escribió:

«Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.»

Filipenses 2:2, RVR1960

Sentir lo mismo no significa que los creyentes nunca tengan opiniones diferentes. Pablo conecta de inmediato esta unidad con la humildad y la mente de Cristo. La misma mente no es el acuerdo en cada preferencia personal; es la decisión compartida de imitar la humildad, el amor y la naturaleza de entrega de Jesús.

La unidad se vuelve posible cuando todos dejan de preguntar: «¿Cómo puedo proteger mi importancia?» y comienzan a preguntar: «¿Cómo puedo servir al propósito de Cristo?»

El Contenido de Su Sonido Era el Carácter de Dios

Los músicos y cantores no se unieron alrededor de una personalidad, una preferencia, o una queja. Su sonido se unificó alrededor de una declaración: «Porque él es bueno; porque su misericordia es para siempre.»

El centro de su acuerdo era Dios mismo.

Esto es significativo porque las personas no pueden construir unidad espiritual duradera alrededor de personalidades humanas. Las personalidades cambian, decepcionan, y eventualmente desaparecen de la escena. No podemos construir unidad duradera alrededor de estilos musicales, métodos ministeriales, opiniones políticas, preferencias culturales, o relaciones personales. Esas cosas pueden influenciarnos, pero no son lo suficientemente fuertes para sostener unida una casa espiritual.

Solo Jesús puede ocupar el centro sin destruir a todos los que lo rodean.

Cuando una personalidad se convierte en el centro, las personas comienzan a competir por acceso y reconocimiento. Cuando una preferencia se convierte en el centro, las personas comienzan a medir la

fidelidad por la conformidad a esa preferencia. Cuando una queja se convierte en el centro, las personas pueden unirse temporalmente, pero su unidad está construida sobre la oposición. Tan pronto como el enemigo común desaparece, a menudo se volverán unos contra otros.

Los adoradores en 2 Crónicas no estaban unidos por lo que se oponían. Estaban unidos por lo que proclamaban. La bondad y la misericordia de Dios les dieron un lenguaje compartido.

Esto nos enseña algo importante acerca del ambiente de una iglesia o un hogar. La unidad crece cuando la fidelidad de Dios se vuelve más grande en nuestra conversación que nuestras frustraciones unos con otros. Esto no significa que nos neguemos a abordar los problemas. Significa que nuestros problemas no se convierten en el centro alrededor del cual se reúne la casa.

Si una familia se reúne continuamente alrededor de la decepción, la decepción comenzará a moldear su identidad. Si una iglesia se reúne alrededor de la crítica, la crítica eventualmente se convertirá en su lenguaje común. Si un ministerio se reúne alrededor de la importancia de una persona, la competencia se desarrollará alrededor de la cercanía a esa persona.

Pero cuando las personas se reúnen alrededor de la bondad, la misericordia, la verdad y la misión de Jesús, la importancia individual comienza a disminuir. Recordamos que la casa le pertenece a Él, los dones vinieron de Él, las personas fueron redimidas por Él, y la gloria debe regresar a Él.

Su un mismo sonido no era: «Fíjense en nosotros.»

Era: «Él es bueno.»

Su un mismo sonido no era: «Reconozcan nuestro don.»

Era: «Su misericordia es para siempre.»

El sonido se hizo uno porque Dios se hizo más grande que las personas que lo producían.

Cuando la Posición Se Vuelve Más Importante que el Propósito

El sermón identifica una de las causas más comunes de división dentro de una iglesia: las personas dejan de pelear por el propósito y comienzan a pelear por la posición. Las preguntas sobre quién cantará, liderará, predicará, decidirá, o recibirá reconocimiento se vuelven poco a poco más importantes que la razón por la cual existe el ministerio.

La posición se preocupa por la visibilidad. El propósito se preocupa por el fruto.

La posición pregunta: «¿Alguien notó lo que contribuí?» El propósito pregunta: «¿Lo que contribuí ayudó a alguien a encontrarse con Jesús?»

La posición compara asignaciones. El propósito reconoce que cada asignación fiel participa en la misma misión.

La posición se ofende cuando otra persona es celebrada. El propósito se regocija porque toda la casa ha sido fortalecida.

La posición ve el don de otra persona como competencia. El propósito lo ve como provisión de Dios.

Una preocupación por la posición corrompe nuestro sonido porque ya no estamos adorando con la casa; estamos escuchando si la casa nos está reconociendo. Podemos seguir cantando, sirviendo, predicando, dando, o liderando, pero nuestro corazón ha comenzado a monitorear el reconocimiento. Cuando el reconocimiento no llega, se desarrolla la ofensa. Cuando alguien más es elegido, sigue la sospecha. Cuando otra persona tiene éxito, buscamos razones por las cuales su éxito no debería ser confiable.

Así es como una casa llena de personas dotadas todavía puede volverse espiritualmente débil. Los dones permanecen, pero ya no se mueven en acuerdo. La energía que debió haber sido dirigida hacia alcanzar personas, hacer discípulos, fortalecer familias, y proclamar a Jesús es consumida por la competencia interna.

La respuesta no es fingir que el liderazgo, la responsabilidad, y el reconocimiento saludable no importan. Los roles deben ser claros, las personas deben ser honradas, y el servicio fiel debe ser apreciado. Pero el reconocimiento no puede convertirse en la fuente de nuestra identidad. Cuando sabemos que nuestro valor viene de Dios y que nuestra asignación es recibida de Él, quedamos libres para servir sin tratar el lugar de otra persona como una amenaza al nuestro.

El sonido se hace uno cuando cada persona decide que el propósito es más importante que la posición que ocupa dentro de él.

Lo Que Precedió a la Gloria

Segundo de Crónicas nos dice que cuando los adoradores se hicieron uno, levantando un sonido unificado de alabanza y acción de gracias, la casa se llenó de la gloria del Señor. Los sacerdotes no pudieron continuar su ministerio normal porque la presencia de Dios sobrepasó el orden ordinario del servicio.

Este pasaje no nos da una fórmula mediante la cual los seres humanos puedan controlar la presencia de Dios. La unidad no manipula a Dios, y el acuerdo emocional no lo obliga a manifestarse según nuestras expectativas. Dios permanece soberano. Su gloria nunca es algo que nosotros producimos.

Sin embargo, las Escrituras conectan intencionalmente el acuerdo del pueblo con el llenar de la casa. Su unidad no creó la gloria, pero preparó un ambiente en el cual ninguna agenda humana competidora intentó reclamar lo que le pertenecía solamente a Dios.

Antes de que la nube llenara la casa, las voces se unieron.

Antes de que los sacerdotes ya no pudieran estar de pie para ministrar, los adoradores dejaron de atraer la atención hacia sí mismos.

Antes de que la gloria se hiciera visible, el pueblo estuvo de acuerdo sobre quién merecía la alabanza.

Un ambiente dividido continuamente redirige la atención hacia las personas, las heridas, las preferencias, y los conflictos. Un ambiente unificado dirige la atención hacia Dios. La división llena un

recinto de narrativas en competencia. La unidad trae esas narrativas bajo una declaración mayor: «Él es bueno, y su misericordia es para siempre.»

Cuando las personas entran en adoración mientras protegen ofensas privadas, se comparan con otros, o compiten por reconocimiento, su boca puede cantar la misma letra mientras su corazón produce sonidos diferentes. El verdadero acuerdo requiere más que participación vocal. Requiere entrega interna.

El un mismo sonido de 2 Crónicas no fue creado meramente por habilidad musical. Fue creado cuando personas hábiles entregaron sus expresiones individuales a una revelación compartida de Dios.

Una iglesia puede tener excelentes músicos sin tener un mismo sonido. Puede tener predicación poderosa, programas organizados, líderes talentosos, y grandes reuniones mientras todavía permite que la competencia, la sospecha, y la ofensa debiliten el ambiente. La excelencia puede organizar el sonido, pero solo la entrega puede unificar el corazón.

Dios no está buscando meramente notas precisas. Está buscando corazones que estén de acuerdo con su propósito.

El Acuerdo Cambia el Ambiente de la Casa

Cada casa lleva un sonido. Algunos hogares continuamente resuenan con ira, crítica, temor, o tensión sin resolver. Incluso durante momentos tranquilos, el ambiente carga el peso de lo que se ha hablado repetidamente. Otros hogares llevan un sonido de oración, gratitud, perdón, y fe. No son hogares perfectos, pero las personas dentro de ellos han decidido qué voz tendrá la mayor autoridad.

El ambiente de una casa se forma con el tiempo. Se construye a través de palabras repetidas, reacciones, prioridades, y hábitos. Una oración no establece una cultura de oración, así como una discusión no necesariamente crea una cultura de división. El ambiente es moldeado por lo que las personas de la casa continuamente permiten, repiten, y practican.

Una familia comienza a desarrollar un mismo sonido cuando sus miembros están de acuerdo en que Jesús permanecerá en el centro incluso cuando estén en desacuerdo unos con otros. Los padres pueden abordar las situaciones de manera diferente, pero se niegan a debilitarse mutuamente delante de sus hijos. Los miembros de la familia pueden experimentar conflicto, pero regresan al perdón. Pueden atravesar el sufrimiento, pero continúan declarando la fidelidad de Dios. Puede que no sepan cómo se resolverá cada problema, pero están de acuerdo en que el temor no se convertirá en la autoridad final en su hogar.

El mismo principio se aplica a la iglesia. Un mismo sonido no significa que cada miembro prefiera la misma música, posea el mismo trasfondo cultural, o exprese la adoración de la misma manera. Significa que cuando el pueblo se reúne, cada diferencia se vuelve secundaria ante la supremacía de Jesucristo.

La iglesia puede decir con un solo corazón: Jesús es Señor. Su Palabra es verdad. Su misericordia es para siempre. Su evangelio todavía salva. Su Espíritu todavía transforma. Su misión es más grande que nuestras preferencias personales. Su casa vale la pena proteger. Su pueblo vale la pena amar. Su

presencia vale la pena buscar.

Cuando esas convicciones se vuelven más grandes que nuestras diferencias, el ambiente cambia. La acusación pierde su audiencia. La ofensa pierde su capacidad de reclutar a otros. La competencia pierde su poder. La oración recupera su voz, la adoración lleva mayor peso espiritual, y las personas se vuelven más sensibles a lo que Dios desea lograr entre ellas.

Un Mismo Sonido Requiere Escuchar

Los músicos en 2 Crónicas no habrían podido producir un mismo sonido si cada persona escuchara solo a sí misma. La armonía requiere la capacidad de escuchar lo que los demás están aportando. Un músico que no puede escuchar al resto del conjunto puede tocar correctamente de manera aislada mientras interrumpe la canción colectivamente.

Lo mismo es cierto en la comunidad espiritual. La unidad requiere más que hablar; requiere escuchar.

Debemos escuchar al Espíritu Santo, porque Él es quien dirige la casa. Debemos escuchar las Escrituras, porque la Palabra establece la verdad alrededor de la cual se forma nuestro acuerdo. También debemos aprender a escucharnos unos a otros, porque Dios a menudo coloca perspectiva, carga, corrección, y sabiduría dentro de diferentes miembros del cuerpo.

Un corazón dividido escucha principalmente en busca de amenazas. Oye cada sugerencia como crítica y cada corrección como rechazo. Un corazón humilde escucha para entender. No supone que cada desacuerdo es un ataque. Está dispuesto a preguntar si Dios puede estar usando a otra persona para revelar algo que no podíamos ver solos.

Escuchar no requiere que estemos de acuerdo con todo lo que escuchamos. Requiere que valoremos a las personas lo suficiente como para entender antes de responder. Podemos examinar lo que se dice, probarlo conforme a las Escrituras, y aun así mantener un espíritu de honor.

Muchas relaciones no carecen de comunicación porque nadie está hablando. Carecen de comunicación porque todos están hablando mientras nadie escucha. Cada persona está produciendo sonido, pero no hay armonía.

Un mismo sonido se vuelve posible cuando dejamos de escuchar solo para nosotros mismos y comenzamos a escuchar el propósito de Dios dentro de toda la casa.

La Casa Debe Llevar el Sonido

La meta de la unidad es más grande que crear un momento emocional durante un servicio de adoración. El sonido producido en el santuario debe convertirse en el sonido llevado a nuestros hogares, conversaciones, ministerios, y decisiones.

Es posible cantar acerca de la bondad de Dios el domingo y pasar el resto de la semana hablando como si Él nos hubiera abandonado. Es posible adorar al lado de alguien públicamente mientras se le critica en privado. Es posible declarar que la misericordia de Dios es para siempre mientras nos negamos a extender misericordia a las personas más cercanas a nosotros.

Eso todavía no es un mismo sonido. Es contradicción espiritual.

Una vida unificada comienza cuando el sonido de nuestra adoración y el lenguaje de nuestra vida diaria llegan a un acuerdo. Si declaramos que Dios es bueno, entonces su bondad debe influir en cómo interpretamos las temporadas difíciles. Si declaramos que su misericordia es para siempre, entonces la misericordia debe volverse visible en la manera en que tratamos a las personas imperfectas. Si declaramos que Jesús es Señor, entonces nuestras preferencias deben permanecer sometidas a su propósito.

El sonido debe salir del santuario y entrar en la casa.

Los hijos necesitan escuchar la misma fe en casa que sus padres expresan en la iglesia. Los cónyuges necesitan experimentar en privado la misma gracia que los creyentes celebran públicamente. Los compañeros de trabajo necesitan encontrar el mismo carácter que aparece durante la adoración. Nuestras conversaciones privadas deben estar de acuerdo con nuestra alabanza pública.

Dios desea más que un servicio unificado. Desea un pueblo unificado.

Convertirse en Parte del Un Mismo Sonido

Cada persona debe decidir qué sonido está añadiendo a la casa. Puede que no controlemos cada voz a nuestro alrededor, pero somos responsables de la voz que aportamos.

Si continuamente añadimos crítica, el ambiente se vuelve más pesado. Si añadimos sospecha, la confianza se vuelve más difícil. Si añadimos competencia, las personas comienzan a proteger sus posiciones. Si añadimos gratitud, fe, intercesión, ánimo, y verdad hablada en amor, la casa se fortalece.

Esto no significa que nos volvamos artificialmente positivos o que nos neguemos a reconocer el dolor. Los adoradores declararon la misericordia de Dios porque la historia de Israel había demostrado repetidamente tanto el fracaso humano como la fidelidad divina. Su alabanza no provino de la ignorancia de la lucha. Provino de la revelación de que la misericordia de Dios había permanecido más grande que su fracaso.

El un mismo sonido de la iglesia no es la negación del sufrimiento. Es la declaración compartida de que el sufrimiento no cambia el carácter de Dios. No es la ausencia de preguntas sin respuesta. Es el acuerdo de que Jesús sigue siendo Señor incluso mientras esperamos respuestas. No es fingir que todos están completos. Es traer nuestras diferentes heridas, testimonios, dones, y necesidades a la presencia del mismo Salvador.

Cuando muchas voces se convierten en un mismo sonido, ninguna voz individual pierde su valor. En cambio, cada voz se convierte en parte de algo más grande de lo que podría producir sola. La oración de un creyente fortalece a otro. El testimonio de una familia le da esperanza a otra familia. El don de un miembro suple lo que a otro le falta. La fe de una persona ayuda a sostener a alguien cuya fe se ha debilitado.

Esta es la casa que Dios desea llenar: no una casa sin diferencias, sino una casa cuyas diferencias han sido entregadas a un solo Señor; no una casa construida alrededor de una personalidad, sino una casa centrada en Jesús; no una casa en la que cada persona hace el mismo sonido, sino una casa en la que cada sonido sirve el mismo propósito santo.

La unidad no silencia la individualidad. Trae cada voz, don, trasfondo, y testimonio bajo un solo propósito hasta que la casa lleve un mismo sonido: Jesús es Señor, Dios es bueno, y su misericordia es para siempre.

REFLEXIÓN PERSONAL Y ESPIRITUAL

- Cuando entro en adoración o ministerio, ¿estoy más consciente de la presencia de Dios o de si otras personas reconocen mi contribución?
- ¿He interpretado el don, la oportunidad, o el éxito de otra persona como una amenaza a mi propia importancia?
- ¿Hay una preferencia personal que he permitido que se vuelva más importante que la misión compartida de la iglesia o la familia?
- ¿Mi conversación privada está de acuerdo con mi adoración pública?
- ¿Qué sonido he estado añadiendo consistentemente a mi hogar: gratitud, fe, paz, crítica, temor, sospecha, o frustración?
- ¿Estoy dispuesto a escuchar lo que Dios pueda estar revelando a través de personas cuyas personalidades y experiencias son diferentes a las mías?
- ¿He confundido la unidad con la conformidad y he esperado que otros se vuelvan como yo en lugar de animarnos a todos a parecernos más a Cristo?
- ¿Estoy peleando por una posición, o estoy sirviendo fielmente al propósito?
- ¿Qué ofensa, competencia, o deseo de reconocimiento debo entregar para que mi voz pueda fortalecer el un mismo sonido?
- ¿Qué verdad acerca del carácter de Dios necesita declarar de nuevo mi familia o mi iglesia juntos?

ORACIÓN Y DECLARACIÓN

Señor Jesús, trae cada parte de mi corazón a un acuerdo con tu propósito. Perdóname por las veces que he tratado el don de otra persona como una amenaza, he permitido que la preferencia personal se convierta en causa de división, o he deseado el reconocimiento más de lo que deseé tu gloria. Líbrame de la necesidad de ocupar el centro, y enséñame a servir fielmente en el lugar que me has asignado.

Ayúdame a reconocer el valor de cada miembro de tu cuerpo. Enséñame a honrar dones que son diferentes de los míos, a escuchar con humildad, y a celebrar lo que estás haciendo a través de otros. No permitas que el orgullo, la inseguridad, los celos, o la ofensa corrompan el sonido que traigo a tu casa.

Que mis palabras privadas estén de acuerdo con mi adoración pública. Si declaro que eres bueno, enséñame a confiar en tu bondad en las temporadas difíciles. Si canto acerca de tu misericordia, enséñame a extender misericordia a las personas imperfectas. Si confieso que eres Señor, trae mis preferencias, ambiciones, relaciones, y decisiones bajo tu autoridad.

Te entrego mi voz, mi don, mi posición, y mis expectativas. Que todo lo que yo aporte fortalezca el ambiente espiritual de mi hogar y mi iglesia. Haznos uno sin borrar las hermosas diferencias que has colocado entre nosotros. Alinea nuestros corazones, purifica nuestros motivos, y trae nuestras muchas voces bajo un solo propósito santo.

Que el sonido que se eleva de nuestras vidas declare que eres bueno, que tu misericordia es para siempre, y que solo tu gloria merece llenar la casa.

En el nombre de Jesús, amén.

CONCLUSIÓN

Que la Casa Se Haga Una

Mateo 12 comienza con un hombre que no puede ver y no puede hablar. Su vida ha sido dominada por un poder que no puede vencer, su visión le ha sido robada, y su voz ha sido silenciada. Sin embargo, cuando Jesús entra en la situación, todo cambia. El hombre más fuerte confronta lo que ha estado gobernando la casa. Los ojos ciegos son abiertos, una boca silenciosa comienza a hablar, y una vida que había sido controlada por la esclavitud se convierte en un testimonio de autoridad divina.

Pero mientras un hombre está siendo restaurado, la división está siendo expuesta en el recinto.

La gente es testigo del mismo milagro, pero no produce la misma respuesta. Algunos están asombrados y comienzan a preguntarse si Jesús es el prometido Hijo de David. Otros observan la misma evidencia de liberación y la llaman obra del diablo. El hombre que había estado en silencio ahora tiene voz, pero los fariseos usan sus voces para acusar. Una voz ha sido restaurada mientras otras voces se han corrompido.

Entonces Jesús anuncia el principio que gobierna todo el pasaje:

«Todo reino dividido contra sí mismo, es assolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá.»

Mateo 12:25, RVR1960

La estrategia del enemigo no se limita a silenciar a las personas. Si no puede eliminar nuestras voces, intentará corromperlas. Si no puede impedirnos hablar, intentará llenar nuestro hablar de sospecha, ofensa, crítica, orgullo, y acusación. Si no puede destruir la casa desde afuera, intentará volver a las personas dentro de la casa unas contra otras.

Una casa dividida todavía puede parecer activa. Las personas pueden continuar asistiendo, sirviendo, cantando, predicando, trabajando, y manteniendo rutinas familiares. Una familia dividida puede continuar viviendo bajo el mismo techo. Un matrimonio dividido puede continuar funcionando exteriormente. Una iglesia dividida todavía puede tener servicios, programas, música, y multitudes. Sin embargo, debajo de toda la actividad visible, la fortaleza de la casa se está consumiendo lentamente por el conflicto interno.

Las personas todavía se mueven, pero ya no se mueven juntas.

Las voces todavía hablan, pero ya no hablan bajo un mismo propósito.

Los dones todavía están presentes, pero están compitiendo en lugar de cooperar.

La casa permanece de pie físicamente mientras su fundamento espiritual se debilita.

Por eso la unidad no puede tratarse como un tema secundario. La unidad no es una cualidad opcional para personas que naturalmente están de acuerdo entre sí. No es una preferencia de personalidad para quienes no les gusta el conflicto. La unidad es resistencia espiritual. Es el rechazo deliberado a permitir que el enemigo convierta las diferencias en división, el dolor en acusación, la corrección en condenación, o los dones individuales en competencia.

La unidad no comienza cuando todos los demás cambian. Comienza cuando cada uno de nosotros entrega su propio corazón a Jesús.

Comienza cuando dejamos de preguntar solamente qué ha hecho otra persona y permitimos que el Espíritu Santo nos muestre lo que ha estado sucediendo dentro de nosotros. Comienza cuando reconocemos la ofensa que moldea nuestra interpretación, el orgullo que controla nuestra respuesta, la decepción que afila nuestro tono, y la inseguridad que hace que el don de otra persona se sienta amenazante.

El primer territorio dividido que Jesús puede desear sanar es el territorio dentro de nuestro propio corazón.

La Casa Llevará el Sonido Que Continuamente Producimos

Cada casa lleva un sonido. Ese sonido se crea con el tiempo a través de palabras repetidas, reacciones, conversaciones, actitudes, y hábitos espirituales. Se escucha no solo en lo que se dice públicamente sino también en lo que se susurra en privado. Se revela en la manera en que los miembros de una familia hablan unos de otros, la manera en que los líderes responden a la corrección, la manera en que los creyentes discuten a quienes están en desacuerdo, y la manera en que interpretamos a las personas cuando no están presentes para defenderse.

Una casa puede llevar el sonido de la sospecha hasta que nadie se sienta seguro.

Puede llevar el sonido de la crítica hasta que nadie se sienta capaz.

Puede llevar el sonido de la ira hasta que todos aprendan a vivir a la defensiva.

Puede llevar el sonido de la decepción hasta que la esperanza comience a desaparecer.

Puede llevar el sonido de la competencia hasta que cada don se convierta en una amenaza.

También puede llevar el sonido de la oración, la verdad, el perdón, la adoración, el ánimo, el arrepentimiento, y la restauración. Puede convertirse en un lugar donde las personas son corregidas sin ser rechazadas, donde la debilidad es traída a la luz sin convertirse en identidad permanente, y donde el fracaso es confrontado sin que se le dé la última palabra.

El ambiente de la casa es moldeado por el sonido que las personas de la casa eligen producir repetidamente.

Por eso la sanidad de nuestras voces importa. Dios no solo quiere que dejemos de decir cosas negativas. Quiere transformar la fuente espiritual de la cual fluyen nuestras palabras. Quiere sanar la herida debajo de nuestro tono, la ofensa debajo de nuestras conclusiones, el temor debajo de nuestro control, y el orgullo debajo de nuestra corrección.

No solo necesitamos un vocabulario diferente. Necesitamos corazones transformados.

No solo necesitamos que nuestras voces sean restauradas. Necesitamos que nuestras voces sean sanadas.

Una voz sanada puede hablar la verdad sin intentar destruir. Puede confrontar el pecado mientras continúa deseando la redención. Puede establecer un límite sin rendirse al odio. Puede reconocer la seriedad de una herida sin declarar que la sanidad es imposible. Puede decir la verdad acerca del presente mientras se niega a dejar que el presente se convierta en una profecía sobre el futuro.

Una voz sanada entiende que cada palabra debe responder al propósito de Jesús.

Debemos Decidir a Cuál Ministerio Servirán Nuestras Voces

El acusador y el Intercesor están ambos hablando.

El acusador presenta continuamente evidencia en contra de las personas. Las llama por sus peores momentos, interpreta sus debilidades sin misericordia, e insiste en que sus fracasos las han descalificado de la restauración. Su propósito no es el arrepentimiento sino la condenación. No quiere que la herida sea sanada; quiere que la herida se convierta en identidad.

Jesús está en completo contraste. Él es el Intercesor. No niega el pecado, no minimiza la rebelión, ni llama luz a la oscuridad. Confronta la verdad de manera más completa que cualquier acusador, pero también provee la sangre, la misericordia, la gracia, y el poder mediante los cuales los pecadores pueden hacerse nuevos.

El acusador dice: «Esto es lo que hicieron, y esto es todo lo que siempre serán.»

Jesús dice: «Esto es lo que los ataba, pero he venido a hacerlos libres.»

El acusador habla para encarcelar.

Jesús habla para restaurar.

Cada día, nuestras voces son invitadas a participar en uno de estos dos ministerios. Podemos convertirnos en repetidores de acusación o en portadores de intercesión. Podemos reunir audiencias alrededor de los fracasos de las personas, o podemos llevar sus necesidades ante Dios. Podemos magnificar las debilidades hasta que la esperanza desaparezca, o podemos confrontar esas debilidades mientras continuamos creyendo que Jesús no ha terminado su obra.

La decisión puede ocurrir en una conversación ordinaria. Alguien menciona a una persona que nos ha decepcionado, y se nos da la oportunidad de repetir todo el caso. Sentimos el deseo familiar de explicar, defender, exponer, o reclutar acuerdo. En ese momento, la resistencia espiritual puede no parecer dramática. Puede simplemente significar negarse a repetir la acusación.

Puede significar decir: «Necesito orar antes de hablar de esto.»

Puede significar dirigirse a la persona directamente en lugar de discutirla continuamente.

Puede significar admitir que no conocemos sus motivos.

Puede significar negarse a compartir información con alguien que no puede ayudar.

Puede significar decir la verdad acerca de un comportamiento dañino a las personas responsables que pueden proteger a otros y abordar la situación.

Puede significar disculparse por la manera en que nuestro propio dolor ha afectado nuestras palabras.

Puede significar orar por la persona a quien nos ha resultado más fácil criticar.

En esos momentos, la unidad se convierte en guerra. El enemigo pierde otra oportunidad de usar nuestras bocas como instrumentos de división.

Del Recinto Dividido a la Casa Unificada

Mateo 12 nos muestra un recinto dividido. Segundo de Crónicas 5 nos muestra una casa unificada.

En Mateo 12, las personas son testigos de la obra de Dios y producen interpretaciones opuestas. Un milagro ha ocurrido, pero la acusación intenta corromper el ambiente. En 2 Crónicas, muchas personas con voces, instrumentos, dones, y responsabilidades diferentes se entregan a sí mismas a un solo propósito.

«Los trompeteros y cantores hacían oír al unísono un mismo son, para alabar y dar gracias a Jehová.»

2 Crónicas 5:13, RVR1960

No se hicieron uno porque sus diferencias desaparecieron. Se hicieron uno porque Dios se hizo más grande que sus diferencias. Cada instrumento mantuvo su sonido distinto, pero cada sonido sirvió a la misma canción. Cada persona conservó una asignación única, pero cada asignación apuntaba hacia el mismo Señor.

Entonces la casa se llenó de la gloria de Dios.

Estas dos escenas nos presentan una decisión espiritual. ¿Se parecerán nuestras casas al recinto dividido de Mateo 12, donde las voces compiten por controlar la interpretación de lo que Dios está haciendo? ¿O se parecerán al templo en 2 Crónicas, donde voces diferentes llegan a un acuerdo alrededor de la bondad y la misericordia de Dios?

La diferencia no es el talento, la actividad, o el conocimiento religioso. Los fariseos poseían conocimiento. Los músicos del templo poseían habilidad. El asunto decisivo fue la entrega. Un grupo usó su voz para defender su posición; el otro entregó su voz para declarar el carácter de Dios.

Esta es la pregunta que debe permanecer ante nosotros: ¿Qué sonido estamos añadiendo a la casa?

¿Estamos añadiendo sospecha o fe?

¿Estamos añadiendo acusación o intercesión?

¿Estamos añadiendo competencia o cooperación?

¿Estamos protegiendo una posición o sirviendo al propósito?

¿Nuestras palabras están reuniendo lo que Jesús desea restaurar, o esparciendo lo que Él desea unir?

Esta Casa No Debe Ser Entregada a la División

Debemos tomar una decisión espiritual con respecto a nuestros hogares, matrimonios, iglesias, amistades, y ministerios: no entregaremos la casa a la división.

No fingiremos que los problemas no existen. No protegeremos el abuso, no ocultaremos el comportamiento dañino, no ignoraremos el pecado, ni llamaremos verdad a la mentira. La unidad bíblica no es la ausencia de rendición de cuentas. Es la determinación de que incluso la corrección necesaria permanecerá bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Confrontaremos lo que está mal sin convertirnos en acusadores.

Protegeremos a los vulnerables sin permitir que el odio posea nuestro corazón.

Estableceremos límites sin declarar que la redención es imposible.

Hablaremos la verdad sin usar la verdad como permiso para herir.

Rechazaremos la paz falsa, pero también rechazaremos la contienda destructiva.

No permitiremos que la preferencia personal se vuelva más sagrada que la misión. No permitiremos que la decepción se convierta en el lente a través del cual interpretamos a todos los que nos rodean. No permitiremos que el don de otra persona se convierta en una amenaza a nuestra identidad. No construiremos casos en contra de las mismas personas que Dios nos ha llamado a llevar en oración.

No maldeciremos lo que estamos llamados a proteger.

Un esposo debe decidir que su voz no debilitará continuamente a la mujer que ha prometido amar. Una esposa debe decidir que sus palabras no derribarán repetidamente al hombre por quien está orando. Los padres deben determinar que la corrección nunca se convertirá en condenación sobre sus hijos. Los líderes deben negarse a usar la autoridad espiritual para proteger su ego. Los miembros de la iglesia deben rechazar la tentación de convertir las ofensas personales en división pública.

Cada persona en la casa tiene una responsabilidad por el sonido de la casa.

Puede que no controlemos lo que todos los demás dicen, pero podemos entregar nuestras propias voces. Puede que no podamos sanar cada relación de inmediato, pero podemos negarnos a profundizar sus heridas. Puede que no resolvamos cada desacuerdo hoy, pero podemos decidir que el desacuerdo no nos convertirá en enemigos.

Jesús Sigue Siendo el Hombre Más Fuerte

La esperanza de este estudio no descansa en nuestra capacidad de crear un acuerdo perfecto. La disciplina humana por sí sola no puede sanar cada herida, purificar cada motivo, o restaurar cada relación. Nuestra esperanza se encuentra en el mismo lugar donde comenzó el milagro de Mateo 12: Jesús ha entrado en la casa.

«Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no ata al hombre fuerte?»

Mateo 12:29, RVR1960

El enemigo puede haber ganado influencia a través de la ofensa, la acusación, la sospecha, el orgullo, la competencia, o el dolor sin resolver, pero ninguna de esas fuerzas es más fuerte que Jesucristo.

Jesús es más fuerte que las palabras habladas con ira.

Jesús es más fuerte que las heridas que han permanecido sin tratar durante años.

Jesús es más fuerte que la ofensa que ha dividido a una familia.

Jesús es más fuerte que el orgullo que ha impedido una disculpa.

Jesús es más fuerte que la sospecha que ha envenenado la confianza.

Jesús es más fuerte que la competencia que ha debilitado un ministerio.

Jesús es más fuerte que toda estrategia diseñada para volver al pueblo de Dios unos contra otros.

Cuando Jesús se convierte en Señor de la casa, la visión puede ser restaurada. Él nos permite ver a las personas a través de la posibilidad de la redención en lugar de solamente a través del registro de sus fracasos. Cuando Jesús se convierte en Señor de la voz, la acusación puede convertirse en intercesión. Cuando Jesús se convierte en Señor de nuestros dones, la competencia puede convertirse en cooperación. Cuando Jesús se vuelve más grande que nuestras preferencias individuales, muchas voces pueden convertirse en un mismo sonido.

La respuesta a la división no es simplemente una mejor comunicación. La comunicación es necesaria, pero las personas pueden comunicarse con claridad mientras permanecen controladas por el orgullo. La respuesta es la entrega a Jesús. Cuando los corazones se someten a Él, la comunicación puede volverse veraz, humilde, valiente, y redentora.

Jesús debe volverse más grande que la ofensa.

Jesús debe volverse más grande que la necesidad de tener razón.

Jesús debe volverse más grande que el deseo de ser reconocido.

Jesús debe volverse más grande que el temor de ser malentendido.

Jesús debe volverse más grande que cada voz que compite por el centro de la casa.

Solo entonces nuestras voces podrán llegar a un acuerdo alrededor de Él.

Que la Casa Se Haga Una

El propósito final de la unidad no es que todos admiren lo bien que nos llevamos. Jesús oró por la unidad de sus seguidores para que el mundo creyera. Nuestra unidad es parte de nuestro testimonio. Cuando personas de diferentes culturas, generaciones, historias, personalidades, y experiencias se unen bajo el señorío de Jesús, el mundo ve evidencia de un reino más poderoso que la división humana.

Una iglesia unificada declara que la sangre de Jesús es más fuerte que las barreras que separan a las personas.

Una familia que ora declara que el dolor no determinará su legado.

Un matrimonio restaurado declara que la misericordia puede reconstruir lo que la ofensa intentó destruir.

Un creyente que rechaza la acusación declara que el enemigo no controlará su voz.

Un líder que celebra los dones de otros declara que el propósito es más grande que la posición.

Una persona herida que elige la intercesión declara que el sufrimiento no se reproducirá a través de ella.

Así es como la casa comienza a permanecer en pie.

Permanece en pie cuando la verdad y el amor llegan a un acuerdo. Permanece en pie cuando la humildad se vuelve más fuerte que el orgullo. Permanece en pie cuando el perdón interrumpe el ciclo de la venganza. Permanece en pie cuando las conversaciones difíciles buscan la restauración en lugar de la victoria. Permanece en pie cuando las personas dejan de reunirse alrededor de las quejas y comienzan a reunirse alrededor de la bondad y la misericordia de Dios.

La casa no se hace una porque todos sean perfectos. Se hace una porque personas imperfectas continuamente se entregan a un Salvador perfecto.

Ha llegado el momento de que nuestras voces estén de acuerdo con lo que Jesús está construyendo.

Que la oración se vuelva más fuerte que la crítica.

Que la intercesión se vuelva más fuerte que la acusación.

Que el propósito se vuelva más grande que la posición.

Que la gratitud se vuelva más grande que la queja.

Que la misericordia se vuelva más grande que el registro del fracaso.

Que Jesús se vuelva más grande que todo lo que ha intentado dividir la casa.

El enemigo deseaba el silencio, pero Jesús restauró la voz. El enemigo intentó corromper el sonido, pero Jesús está sanando el corazón. El enemigo deseaba una casa dividida, pero Dios está llamando a su pueblo a hacerse uno.

No seremos ciegos a la estrategia.

No permaneceremos en silencio en la batalla.

No permitiremos que nuestras voces sean usadas para la división.

Veremos lo que Dios está restaurando. Hablaremos de acuerdo con su propósito. Llevaremos las cargas los unos de los otros, protegeremos el ambiente de la casa, y declararemos juntos que el Señor es bueno y su misericordia es para siempre.

Que las muchas voces se conviertan en un mismo sonido.

Que el corazón dividido se rinda.

Que la voz herida sea sanada.

Que la casa se haga una.

Y que la gloria le pertenezca a Jesús.
